

EL NUEVO NOMBRE DE LA PAZ

Peace, Mir, Pace, Friede, Paix... en todos los idiomas resuena una misma palabra con la energía primigenia del instinto, con la misma ferocidad con que el hombre de las cavernas luchaba por la supervivencia en el reino animal. El hombre de hoy, de corbata o de melena, se pregunta si no estará retornando a la ley de la jungla donde predominaba el más fuerte. Y comprende instintivamente que está en peligro de revocar la ley misma de la jungla, de infringir las "reglas del juego" de la naturaleza, dado que desatada una guerra total no quedará tal vez nadie que predomine.

La convicción de que la paz no es un período que separa dos guerras y que pasa desapercibido en manuales de historia, que la guerra y la paz no constituyen dos elementos dialécticos que se han de alternar necesariamente como acción y reacción, obedece a una angustiada intuición del hombre moderno: a medida que avanza en progresión geométrica el progreso técnico, nos vamos aproximando peligrosamente a un punto crítico e irreversible en la historia humana, al momento en que paz y guerra dejen de ser opciones al interior de la historia para transformarse en opción definitiva entre historia y no historia.

Con la autodestrucción del hombre se

daría el primer caso en que una especie viviente se extingue no por desequilibrio del medio ambiente, carencia de recursos naturales, predominio de otras especies o degeneración biológica. La posibilidad del suicidio colectivo nos permite comprender, paradójicamente, que no somos una especie como las demás, que nuestra libertad ha entreabierto de tal modo el espacio de lo imprevisible en la evolución cósmica, que una irresponsabilidad de nuestra parte significaría la frustración de un esfuerzo creador de millones de años.

La segunda opción histórica que se le presenta a la humanidad es que la paz es indisociable de la justicia; como dijo Pablo VI, **"el desarrollo es el nuevo nombre de la paz"**. Si la palabra "paz" se estremera en todos los idiomas es porque ha muerto en ella un significado para nacer otro. Ha dejado de equivaler a ausencia de guerras, acuerdos diplomáticos, equilibrio atómico e, incluso, a pacifismo antibelicista con marchas hippys y quematina de tarjetas de reclutamiento. Esto último puede no ser más que una evasión y el resurgimiento, en los Estados Unidos, de la antigua política de nacionalismo aislacionista exteriormente no comprometido.

Los asesores militares pretenden lograr la paz por el camino que consideran más

rápido y efectivo. En Biafra se logró finalmente la paz, pero una paz de cadáveres, desnutridos y refugiados, con características de genocidio. En el Medio Oriente, la mayor preocupación de las grandes potencias parece ser el mantenimiento del equilibrio militar, olvidando que mientras esa región permanezca en el subdesarrollo continuará siendo un polvorín ingobernable. Que las grandes potencias no intervengan en los asuntos de las pequeñas, constituye un desideratum ya trasnochado. Lo que espera y exige el tercer mundo, el de Latinoamérica, África y el sudeste asiático es que los países nortecuatoriales dejen de considerarlos como objetivo militar, que intervengan no para hacer la guerra sino para edificar la paz.

Lo que más conmueve y preocupa en este momento a la opinión pública mundial —especie de conciencia social del hombre— es la invasión de Camboya; otro ejemplo de la utopía de una paz apoyada en la guerra, de una torre edificada sobre arena. La diplomacia norteamericana podrá aducir con razón que Camboya había sido ya invadida hace tiempo por tropas norvietnamitas y del Vietcong, argumento que parece satisfacer a algunos gobiernos europoccidentales. Los asesores militares del presidente Nixon tendrán quizás razón al presentar la razia en Camboya como una operación necesaria para poder retirar más tropas. O quizás se equivoquen como los asesores del presidente Johnson cuando lo convencieron que bombardeando Vietnam del Norte se doblegaría al enemigo con un severo escarmiento. Pero que acierten o yerren, la diferencia no es tan grande como la que media entre la paz del triunfo militar y la paz de la justicia.

Que los Estados Unidos hayan entrado en Indochina, no fue un error. El error estuvo, en primer lugar, en que entraron demasiado tarde, y, en segundo lugar, en que no entraron para construir la paz. Y no podían sino llegar tarde desde que consideraron a Indochina como una península tapón, una trinchera de vanguardia en la estrategia general de los países noratlánticos. A esta altura de la guerra, ya no es posible incrementar la educación cuando gobiernos tambaleantes vacían las universidades para reforzar sus ejércitos con reclutas adolescentes. No se ve qué utilidad tendrían empréstitos que irían a apuntalar presupuestos militares. La salud de la población deja de ser un problema donde se lucha para salvar la vida y escapar de las más modernas armas de destrucción llamadas eufemísticamente "convencionales". No cabe duda que el mundo desarrollado llegó demasiado tarde. Y

continuará llegando tarde mientras considere a su acción como una "ayuda" y no como un compromiso con la historia.

Más que la invasión de Camboya debería preocuparnos la invasión de Estados Unidos por estudiantes y pacifistas. El pueblo más poderoso de la tierra se siente frustrado y hasta engañado por su propio gobierno que parece jugar a la escondida con los hombres del Congreso. El pueblo carece de líderes que le muestren el camino, un ideal por el cual valga la pena vivir y morir. Los soldados en Vietnam levantan con sus dedos la V de la victoria no para festejar un triunfo sino para manifestar su alegría porque volverán finalmente a casa.

Durante un cuarto de siglo pensaron los norteamericanos que prestaban un heroico servicio a la humanidad haciendo de policía mundial al estilo de la "Reina de los mares". En lugar de agradecimiento han cosechado humillaciones, yankifobia y la perspectiva de la primera derrota militar en su historia, para evitar lo cual dos presidentes han aceptado sacrificar su reelección. Más aún, el fracaso en el papel de policía ha disuelto a la comunidad nacional norteamericana. La previsión lógica parece augurarnos otro cuarto de siglo de aislacionismo, de dejar que cada uno se arregle como pueda, reduciendo los préstamos al exterior y buscando, más bien, reunificar al pueblo con las fascinantes aventuras del espacio. El pueblo más poderoso de la tierra se encuentra en peligro de no captar la opción histórica de la humanidad: construir la paz en la justicia y el desarrollo. Frente a esto, las derrotas militares no pasan de ser alternativas episódicas en un proceso irreversible.

En todos los idiomas se pronuncia una misma palabra reproduciendo el milagro de Pentecostés. Cada hombre se maravilla de que comprende al otro como si hablara en su propio idioma. Si la Torre de Babel fue el símbolo de la incomunicación por el pecado, Pentecostés es el momento del reencuentro en la fraternidad por la gracia. Sin ésta, caeremos en el mero interlocutorismo de las conferencias de paz, como la de París. El verdadero diálogo nos permitirá esclarecer el sentido de la paz y aceptar el nuevo nombre con que ha sido bautizada en una frase histórica. La mejor lección que el mundo desarrollado podría aprender de la guerra en Indochina es que habrá otros Vietnam en África y América Latina —¿por qué no también en los Estados Unidos?— si se deja librados esos pueblos a su desesperación. ♦

LA DIRECCION